



Pobladores y vivienda rural: un Programa de Reconstrucción después del terremoto de 1985.

Residents and Rural housing:
Reconstruction Program after 1985 Chilean earthquake

JOSÉ ANTONIO PIGA¹

¹ Universidad Academia de Humanismo Cristiano

RESUMEN

Este documento presenta el trabajo de una ONG rural en vivienda post terremoto de 1985 en la zona central de Chile. Para realizarlo, se desarrollaron conceptos que situaron a la vivienda en la integralidad de las necesidades de sus habitantes. Una casa se constituye en una “plataforma de seguridad básica” desde donde las personas se proyectan. Es identidad y valoración. A su vez, el modo de habitar es un patrimonio, con tecnologías, formas y hábitos.

Se planteó una respuesta operativa para satisfacer los requisitos mínimos que definen a una casa, con los cuales se diseñaron las propuestas, con cuatro guías para los proyectos: 1) La prefabricación (en función de la celeridad requerida), 2) La autoconstrucción (para bajar costos e involucrar a los participantes), 3) La progresividad y estandarización en una unidad básica y propuestas de ampliación, y 4) La generación de una arquitectura de “emergencia” pero patrimonial y permanente.

Se diseñaron elementos para una vivienda “apropiada y apropiable”: i) El refuerzo de valores de la arquitectura rural: la habitación de usos múltiples y el alero, ii) La introducción de elementos nuevos: iluminación natural y altura interior, iii) La utilización de una tecnología patrimonial: el barro amasado sobre una estructura resistente de madera.

Las conclusiones apuntan a que se debe asumir la permanente emergencia de vastos sectores sociales respecto de las necesidades básicas, entre ellas, la vivienda. Con las comunidades se debieran generar procesos para la habitación, asumiéndola en una visión de desarrollo desde las particularidades regionales y locales. Una comprensión amplia del patrimonio permitió valorar el territorio físico y social, creando identificación y pertinencia.

Palabras clave: procesos de desarrollo, vivienda rural, patrimonio, participación, autoconstrucción.

 ABSTRACT

This document presents the work of a rural NGO after the earthquake of 1985 in Chile's central zone. To its implementation concepts were developed to sustain the actions, locating housing in the integrality of their inhabitant's needs. A house constitutes a 'platform of basic security' for projecting life. It is identity and appraisal. To work in the learned craft gives recognition and provides a living, while social life builds spatial solidarity links: town, neighborhood, the street, as home lingering, are values in resources and identity. The way to inhabit is heritage, with technologies, forms and customs.

An operative answer was attempted to satisfy the minimum that defines a house, with which the design of the propositions was done, with four guidelines for the projects: 1) Prefabrication (in terms of the speed required), 2) Family building (to low costs and involucrate participants), 3) Progressivity and standardization in a basic unit and enlargement proposals, and 4) Generation of an 'emergency' architecture but patrimonial and permanent.

Elements for an 'appropriate and appropriable' house were designed: i) Re-enforcement of rural architecture values: the multiple uses room and the eave or portico, ii) Introduction of new elements: natural illumination and inner height, and iii) The use of a patrimonial technology: treated and prepared mud on a timber frame structure

The conclusions point to assume the permanent emergency of numerous social sectors, regarding basic needs, including housing. With communities, processes for dwelling should be generated, in a vision of development coming from local and regional particularities. A wide understanding of heritage allowed the program to value territory -physical and social- creating identification and pertinence.

Keywords: development processes, rural housing, heritage, participation, family building

INTRODUCCIÓN

Durante la dictadura militar y hasta los primeros años de recuperada la democracia, los organismos no gubernamentales (ONG) tuvieron una participación activa en la construcción de la ciudad de los pobres, que alcanzó una presencia significativa en el ámbito nacional y regional, la cual no tiene antecedentes específicos en el accionar público de nuestros países en América

Latina y que se diferencia de la empresa privada de la construcción que entra en el negocio de la vivienda social. Distintas conceptualizaciones, metodologías y prácticas han sido su característica, entre ellas, la consideración de los beneficiarios de programas como actores de cambio de sus propias viviendas, alejándose de cualquier paternalismo, la investigación-acción como dispositivo metodológico, la autoconstrucción como práctica posible dadas las características de la estructura del empleo

existentes en las áreas rurales durante ese período.

Estas ONG's expresaban vocación de servicio y estrategias de supervivencia ante un medio difícil y hosco para los profesionales y técnicos ligados a los sectores populares. Todas han tenido la impronta de la experimentación con métodos, materiales y técnicas *no usuales, adecuados a las necesidades y aspiraciones de los usuarios.* Han trabajado con las personas, con los sin casa, con los allegados, con los damnificados, buscando participación, integración y entendimiento, para enfrentar un problema habitacional que trasciende el mero abrigo para la intemperie.

En este documento se muestra el trabajo de 6 años en torno a la vivienda de una ONG rural (Grupo de Estudios Agro-Regionales -GEA- de la Academia de Humanismo Cristiano), a propósito del terremoto de 1985 ocurrido en Chile. Fue una experiencia que merece ser repensada desde la perspectiva de la actual situación de la vivienda social en Chile, en particular respecto de la reconstrucción luego del terremoto de 2010. Es claro que la política que fue implementada en aquella época debe enfrentar un necesario punto de inflexión, del que debe surgir una radicalmente nueva, que dé cuenta de las carencias y necesidades del presente, pero los conceptos y métodos usados en el trabajo que fue realizado hace más de 25 años se refiere a aspectos que hoy continúan vigentes en el debate sobre la vivienda y el desarrollo

urbano. Revisarlo es útil en tanto permite medir y valorar el patrimonio que constituye el repertorio de relaciones que se establecieron para su ejecución, entre otros aspectos. En función de la experiencia sectorial, en materia de vivienda y desarrollo urbano en 20 años de gobiernos democráticos, este trabajo puede constituir una referencia para *nuevas formulaciones.*

En la primera sección se abordan los cambios en perspectiva histórica que han ocurrido en las zonas agrarias desde la modernización capitalista de la contrarreforma de la dictadura y su impacto en el poblamiento rural. La segunda y tercera secciones están dedicadas a los conceptos básicos que guiaron su intervención y a la evaluación del período, mientras en la cuarta se plantean ideas respecto de los caminos a seguir en los enfoques analizados.

LA VIVIENDA RURAL Y LA TRANSFORMACIÓN DEL AGRO

Hacia mediados de la década de 1980, la carencia de vivienda era relevante en los sectores rurales de la zona central de Chile y continúa siéndolo. Esto debe entenderse en el contexto de los cambios que sufrió el mundo agrícola en el Chile de la década de los 60's del siglo XX, uno de cuyos aspectos es el proceso de proletarización o semi-campesinización/proletarización del campesinado, unido a la creciente modernización capitalista y sus efectos

(Bengoa 1983, Rivera & Cruz 1984, Acuña & Molina 1992). Dicho proceso impactó en el asentamiento y en el acceso a localización y habitación en zonas rurales.

La modernización capitalista impuesta en la década de los 80's del siglo XX cambió la estructura productiva. Los trabajadores de la fruta trabajaban con débiles condiciones contractuales, en calidad de migrantes temporales muchas veces, e intensivamente durante la temporada de actividades: limpieza de predios, raleo, aporca y cosecha, entre otras (Rodríguez & Venegas, 1991), con una duración de entre 3 y 6 meses aproximadamente dependiendo de cada producto o variedad. Se requería durante dicho período de gran cantidad de gente y grados crecientes de práctica y especialización. Las personas que cubrieron estos requerimientos fueron asignatarios de los proyectos de parcelación post-Reforma Agraria y que no sobrevivieron con lo que producía su terreno. También fueron sus hijos, minifundistas o expulsados de la tierra. Fueron los marginados por la modernización, temporeros en villorrios de la Reforma o surgidos con el régimen militar al lado de los caminos, al borde de ríos, en sitios eriazos y que se han mantenido hasta la actualidad con el paso de los años. Esta situación hizo variar el desarrollo urbano de las ciudades intermedias, haciendo aparecer poblaciones que se densificaron en los extramuros, además de modificar la demografía de pueblos y aldeas. Se les ha llamado "pobladores rurales" porque

viven como sus homónimos urbanos, en bolsones de pobreza en territorios ricos, urbanizaciones de baja tecnología al lado de instalaciones y sistemas productivos altamente tecnologizados.

Los pobladores rurales estaban ligados al trabajo temporal en la fruticultura y la silvicultura de exportación y con precarias condiciones de subsistencia, entre las que resaltaban las habitaciones y servicios (Acuña & Molina 1992).

Las zonas agrarias desde Coquimbo al Biobío vieron así transformadas sus estructuras de tenencia de la tierra, de producción y de asentamientos humanos de forma profunda en los años venideros. Cambios cuya tendencia ha sido la consolidación de la explotación contemporánea del agro, en un marco de transnacionalización de la economía, en particular la agraria, de expansión capitalista donde predomina la fuerza de trabajo extrapredial y temporal (Rivera & Cruz 1984).

Esta tendencia en el origen del factor trabajo era relativamente nueva en el campo, contrastando con la tradición del inquilinaje como configuración de los asentamientos humanos en el sistema hacendal, que dominó en las áreas agrarias del país hasta mediados de la década de 1960, aunque siempre existió un contingente significativo de trabajadores ajenos a la hacienda, que no 'residían' al interior de ese espacio controlado (Salazar 1985) y "entran" en los períodos de demanda de mano de obra.

El correlato de los asentamientos humanos puede interpretarse como un proceso de urbanización de áreas rurales (Basauri et al. 1992), sin perder su ruralidad esencial pero acercándose a flujos urbanos: el capital, las comunicaciones, los modos de producción, los hábitos culturales. El sector está en un punto de inflexión, uno de cuyos aspectos es su urbanización, en cuanto influencia de la ciudad sobre el campo.

El patrimonio construido era un aspecto poco presente en los años ochenta y se restringía a ejemplos precisos de sectores urbanos y arquitecturas específicas, muchas de las cuales estaban asociadas al clero. Se entendía que la arquitectura patrimonial en Chile era escasa, menos valiosa que la peruana, mexicana o brasilera, dadas las condiciones históricas de pobreza y aislamiento de la Capitanía de Chile, agravado esto por los anteriores terremotos ocurridos en Chile (de los cuales se han registrado unos veinte sismos catastróficos anteriores, desde 1570 a 1985, la mayoría en la zona central y sur de Chile, entre la IV a X Región) que derribaron la arquitectura de la colonia, aquella considerada en los cánones de ese tiempo “verdaderamente patrimonial” por lo antigua y tradicional. Por su parte, la arquitectura campesina, hecha en la hacienda o en las áreas de minifundio por las “cuadrillas de adoberos” y por las propias familias y luego de la Reforma Agraria, por organismos de la CORA (Corporación de Reforma Agraria, organismo estatal que dirigía los procesos de la Reforma

Agraria en Chile en la década de los 60's del siglo XX) daba forma a los nuevos “asentamientos” de Reforma Agraria o a los pueblos tradicionales del campo, en callejones de fachada continua con veredas cubiertas, muros blanqueados con cal, espacios sombríos en el interior en una sucesión de patios, parrones, gallineros y huerto. Esta configuración espacial fue habitual en muchos de los pueblos campesinos. Una respuesta adecuada, posible, austera, que no competía con aquellos ejemplos notables de arquitectura de autor, culta y de mayores recursos, como algunos complejos hacendales, iglesias o casas patronales. A su lado, la otra arquitectura, la campesina, constituía un paisaje poco conocido y menos apreciado en la lectura académica.

CONCEPTUALIZACIÓN Y MÉTODOS

Para enfrentar la reconstrucción de viviendas rurales en Chile, posterior al terremoto de 1985, en el GEA se propuso desarrollar conceptos que sustentaran las acciones que se iban a realizar. Con esto se buscó entender y definir los ámbitos sociales y espaciales de la vida de los campesinos para ser implementados en las casas que se construirían. Se trató de situar a la vivienda en la integralidad de las necesidades de sus habitantes, planteando respuestas operativas a algunas preguntas básicas:

i) La posesión de una vivienda es primordial en la constitución de una “plataforma de seguridad básica” desde donde proyectarse y hacer una vida, un lugar para estar en el mundo, donde criar los hijos, hacer familia y cultivar. Es identidad y valoración. El modo de habitar es propiamente un patrimonio, con tecnologías, formas y hábitos asociados.

ii) El trabajo de los habitantes del inmueble es otro elemento, por lo que hay reconocimiento y salario. Es el oficio: campesino o maestro de escuela, chofer de tractor o constructor de casas. El oficio a través del cual se hace la vida.

iii) Un tercer elemento es la vida social. Con los vecinos se comparte el cotidiano. El pueblo, el barrio, la calle como prolongación de las casa. Tiene una imagen, ritmos y características propias que se reconocen como patrimonio, un valor que tiene doble acepción: de recursos y de identidad.

EMERGENCIA, PRECARIEDAD Y LA NECESIDAD DE RESPUESTAS APROPIADAS

Los sismos y otras catástrofes, entre ellas la pobreza, transforman periódicamente la imagen de ciudades y campos, generando una cultura de la emergencia. Se construye “de emergencia”, para paliar el problema de los damnificados por las catástrofes, pero

esas casas se convierten en permanentes. Desde la institucionalidad del Estado la respuesta es sectorial y parcializada. La carencia de una visión integrada acerca de los asentamientos humanos, ciudades y territorios, se probó pertinaz, alentada por el neoliberalismo en extremo ideológico, contrario a la planificación y radicalmente opuesto a la intervención reguladora y articuladora del Estado, que ha prevalecido para la formulación de políticas públicas, en particular las relacionadas a este ámbito (para un análisis crítico de la política de vivienda, ver Rodríguez & Sugranyes 2005). Los aparatos políticos de los gobiernos democráticos de la Concertación no le dieron prioridad suficiente o no pudieron cambiar este enfoque, que le da identidad al modelo. Hubo muchos avances respecto de la situación dejada por la dictadura en materia urbana y de vivienda, pero el corazón del modelo no fue modificado, sino que se le fueron agregando aspectos sociales a una política de mercado (Muñoz 2007).

La aproximación desde este Programa no pretendió resolver sectorialismos ni centralización estatal, sino que partió de la emergencia absoluta y de la necesidad.

Para actuar se intentó definir el mínimo que satisface la necesidad de casa, búsqueda que resultó en la identificación de tres aspectos conceptuales: 1) la recuperación del patrimonio físico vivido y una lectura crítica de esa cultura de vivienda, 2) el aprovechamiento de la capacidad de trabajo, y 3) el conocimiento de tecnologías tra-

dicionales de construcción. Con estas respuestas fue planteado el diseño de las proposiciones, que surgió de observación en terreno, del trabajo con los usuarios y de la lectura de textos sobre vivienda y espacio rural. Se definieron cuatro elementos para los proyectos:

1. La prefabricación, en función de la celeridad requerida. La construcción de paneles y de partes de las unidades de habitación se ejecutó centralizadamente, para controlar calidad y costos.

2. La autoconstrucción por parte de los futuros habitantes de la vivienda, para bajar costos e involucrar a los participantes, considerando que la estructura del empleo permitiría ciertos arreglos y otros no.

3. La progresividad y estandarización: se definió una unidad básica y propuesta de ampliación de la vivienda con la misma técnica y materiales.

4. El objetivo declarado fue generar un espacio cualificado que diera a esta arquitectura de "emergencia" valores patrimoniales y grados de permanencia que la hicieran definitiva, recuperando identidad patrimonial con trascendencia cotidiana, más que un mero techo para la intemperie.

Es importante señalar que la casa tradicional campesina se ordena alrededor del recinto para cocinar, donde ocurre la mayor parte de la vida familiar y social: Es el espacio principal de la vivienda, que acoge una multiplicidad de actividades y usos domésticos compartidos. Del mismo modo, el alero es

el lugar intermedio entre el "descampado" y el interior de la casa, donde se recibe a los visitantes, determinándose allí el acceso a la privacidad de la familia o su negación. Donde se sacan los aperos, la ropa mojada, se limpia el barro antes de entrar a la casa, se rezan las novenas del mes de María, o bien, "se mira la lluvia". Estos dos elementos de la arquitectura rural, la cocina y el alero, constituyen un patrimonio en la cultura rural chilena, cada uno con una significación especial: un orden para la vida privada y el ejercicio de lo cotidiano y familiar (la cocina), y un puente para el tránsito entre el interior y el exterior (el alero).

Se diseñaron elementos de arquitectura considerados constitutivos de una vivienda "apropiada y apropiable": a) un recinto amplio de usos múltiples y el alero, refuerzo de valores de la arquitectura rural como patrimonio tradicional, b) iluminación natural y altura interior en las habitaciones, para mejorar calidad de vida en las casas, y c) recubrimiento de barro amasado sobre una estructura resistente de madera, que correspondió al uso controlado de una tecnología también patrimonial.

Plantear de esta manera un programa de reconstrucción requería de la participación de los usuarios en la generación de la habitación, desde el proyecto hasta la edificación concreta. Este fue el motivo de la opción por la tecnología del barro, asequible para las personas damnificadas. Luego de un proceso de re-introducción del material, éste fue aceptado y trabajado a un

buen nivel. A pesar de ser patrimonio local —las casas de adobe— el material era parte consustancial de la destrucción y fue necesario explicar con detalle las tecnologías de tierra a los habitantes, de las cuales el adobe era una tecnología muy eficiente pero que requería de procedimientos constructivos y de mantenimiento, cuyo descuido explicaban en gran parte el desastre generado a propósito del terremoto de 1985. Se propuso además la introducción de elementos arquitectónicos nuevos a las

casas, como una mayor iluminación natural y altura de las casas, a fin de evitar la copia de formas de arquitectura patrimonial. La opción fue observada por los que sostenían que era transgredir un orden existente en el hábitat rural, en términos de la penumbra en contraposición con la luz neta del Valle Central, entre otras argumentaciones. Para los pobres en el campo, el sol nunca estuvo presente dentro de sus casas, pero era discutible si eso debía ser conservado como valor patrimonial.



Figura N°1: Interior de una vivienda rural en Chile. La penumbra al interior de la vivienda se consideró como elemento arquitectónico característico de la zona rural de Chile central y se discutió si se debía conservar en la reconstrucción de las viviendas. Autor: Jose Antonio Piga, 1986.

Figure N°1: Inside of rural housing from Chile. The darkness inside the house was considered as an architectural element characteristic of rural area of central Chile and discussed whether to retain in the reconstruction of housing. Author: Jose Antonio Piga, 1986.

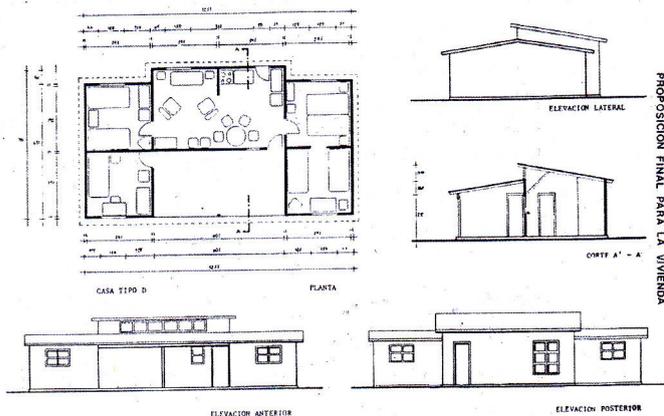


Figura N°2. Plano de una vivienda rural propuesta en el plan de reconstrucción post terremoto de 1985. Esta planificación permitía además que las viviendas rurales pudieran ser con posterioridad ampliadas en la medida de las posibilidades y requerimientos de sus habitantes.

Figure N°2. Plane of rural housing on reconstruction scheme proposed post 1985 earthquake. This planning also enabled that could be subsequently amplified to the extent of the possibilities and requirements of its inhabitants.

Como se dijo, el terremoto de 1985 dejó al descubierto que el déficit habitacional no sólo era problema de las concentraciones urbanas, sino también del campo. Aparece un arrastre de allegados, de expulsados sin tierra, de habitantes de casas deterioradas. En la época se contaba con datos aproximados para la carencia de vivienda rural: el CIDA (1966) estimaba las viviendas rurales faltantes más las deterioradas estructuralmente, en alrededor del 90% del total. Un cuarto de siglo después y luego del terremoto de 1985, el Colegio de Arquitectos de Chile mencionaba un déficit de cerca de 150.000 viviendas para el sector (Luebert 1987). Fue posible inferir una falta de viviendas que fluctuó entre ese 90% (250.000 del CIDA para 1960) y las 150.000 que planteaba Luebert (1987). Los datos para la región de O'Higgins fijaban en cerca de 30.000 unidades el déficit, que no fue reducido por los programas de subsidio habitacional del gobierno, que absorbieron sólo parte del crecimiento vegetativo (SERPLAC VI Región 1991).

EL PROGRAMA DE RECONSTRUCCIÓN

Desde 1981, el Grupo de Estudios Agro-Regionales realizaba programas en algunas localidades en las comunas de San Vicente de Tagua Tagua, Peumo, Las Cabras y Pichidegua de la provincia de Cachapoal en O'Higgins, una

de las regiones más afectadas por el terremoto. Se trataba de iniciativas relacionadas con la salud y la producción agrícola, en un marco de desarrollo de estrategias de supervivencia de los beneficiarios ante un medio excluyente y segregador. Posterior al terremoto de 1985, ellos quedaron con sus casas en el suelo, en una situación de extrema indefensión y desamparo, durmiendo en barracones, gallineros y bajo los parrones. Una multitud de refugios temporales se construyeron en corrales y bodegas, hechos con plásticos y deshechos, los cuales se levantaron en medio de las grandes casas de adobe destruidas, con muros precariamente en pie. Sus habitantes recorrían los escombros buscando muebles, tejas enteras y maderas que pudieran ser útiles. En vista de la situación es que se decide gestionar un primer proyecto con la agencia holandesa NOVIB, que consistió en módulos prefabricados en tabiquería de madera a ser revestida en barro, más paquetes de materiales para abrigos provisorios o reparaciones diversas y enseres como frazadas, colchones o vajilla.

Luego, en Septiembre de 1985, se presentó un proyecto de construcción de viviendas rurales a la GTZ de Alemania Federal. Su aprobación financió la expansión del equipo, de la infraestructura y de la capacidad operativa para desplegar un programa de vivienda más allá de la emergencia, constituyendo un salto cualitativo importante. Con este proyecto comenzó una serie de intervenciones, cuya orientación consideraba que:

i) El GEA asumía un rol de colaborador de la comunidad organizada, sin reemplazar la acción del Estado, al que en propiedad compete la formulación e implementación de respuestas globales.

ii) Las soluciones planteadas con los recursos canalizados sólo serían complementarias, parciales y subsidiarias.

iii) El trabajo se realizaría únicamente a través de organizaciones de base o de nivel territorial o sectorial (cooperativas, asociaciones gremiales u otras), no con particulares o personas.

iv) La responsabilidad por la construcción debía ser compartida por los participantes en los programas y sus organizaciones.

v) Las intervenciones, aparte de su especificidad técnica, fueron asumidas como medio para generar grados crecientes de organización en sectores rurales.

Con estos principios se produjo el acercamiento a las comunidades en el transcurso de los programas. En cuanto al método, sus aspectos principales fueron:

- La participación de las comunidades en el nivel de la organización y de las personas. Los procesos debían tener como protagonistas a la gente y sus organizaciones, en los modos de acceder a la realidad y en el desarrollo de las alternativas en cada caso. El sustento teórico se encontró en la idea de la capacitación para la participación (Echeñique 1979, Kay 1971, 1991, Lomnitz

1975, Valdés 1982). En esta situación se hacía impensable el éxito de los programas sin una democratización real ni dinámicas de capacitación para que las personas participaran.

- La creación de fondos rotatorios (ahorros comunitarios por la devolución de un porcentaje de lo entregado, administrados por la comunidad) como ejemplo de cogestión con las localidades y pequeña reserva social para emergencias. En los casos donde pudo ser administrado con eficiencia fue un instrumento en la generación de dinámicas sociales en las comunidades.

- La relación con la gente: en los procesos de organización, en la construcción, en el conocimiento mutuo de las realidades que concernían a cada uno en la comunidad y en el equipo técnico.

- La generación y desarrollo de organización en torno a problemas comunes, la que logró sostenerse más allá de la emergencia.

La relación con las personas y sus organizaciones indicó un camino en la cooperación con los sectores populares, que es propio de las ONGs y que puede ser considerado como un recurso en programas de desarrollo, para evitar lógicas asistencialistas, paternalistas o clientelistas y lograr horizontalidad y reciprocidad entre personas con diversas necesidades y capacidades ante un problema común. Se enfrentó la concepción arraigada que identificaba los principales problemas de los más pobres con la carencia de consumo, pues

fueron y son vistos como consumidores deprivados, por tanto se subsidiaban acciones destinadas a mejorar esos niveles de consumo. En cambio, bajo esta nueva aproximación, se los consideró como productores, con capacidades para incidir en la solución de sus carencias.

Se diseñó un sistema modular ampliable para las viviendas, paquetes de paneles prefabricados centralizadamente, partiendo de una unidad básica de 24 m², ampliable hasta más de 72 m², unidades sanitarias de baño de cerca de 6 m² considerando artefactos, fosa séptica, drenajes y conexión a la red de agua potable, en un Programa de Saneamiento Básico, además de módulos de cocina de cerca de 15 m², con hornos de bajo consumo de leña.

Las instituciones que participaron en el Programa de Reconstrucción post terremoto de 1985 fueron:

i) NOVIB (Organización Holandesa para la Asistencia Internacional), 1985, con un proyecto de módulos de emergencia, materiales y enseres (Cachapoal).

ii) GTZ (Agencia Alemana de Cooperación Técnica), 1985-1986, que financió 107 viviendas (Cachapoal).

iii) OXFAM (Oxford Committee for Famine Relief), 1986, en un proyecto de 20 viviendas, (Cachapoal y Molina en el Maule).

iv) OAT-GTZ (la Organización de Asistencia Técnica -OAT- coordinaba a las ONG que participaban en progra-

mas de la GTZ), 1987-1988, proyecto que permitió la construcción de 150 viviendas, 100 cocinas y 100 unidades sanitarias, 5 sedes comunitarias (Cachapoal).

v) La APN (Ayuda Popular Noruega) en 1988 financió 100 unidades sanitarias (Cachapoal).

vi) CE (Comunidad Europea), 1989, un proyecto de 100 unidades sanitarias (Cachapoal) y 1990, el último proyecto de 120 cocinas (Cachapoal).

Desde 1985 hasta 1990 se construyeron más de 700 unidades en 7 programas, un total superior a los 20.000 m² construidos. El costo promedio de la construcción de viviendas fue de 1,87 UF/m², equivalentes a US \$ 46,75. La Unidad de Fomento (UF) es un valor de referencia financiera en Chile que se infla de acuerdo a un polinomio que define las alzas al costo de vida. Su valor actual en Chile (febrero de 2012) es algo superior a los \$ 22.000 (pesos chilenos). El dólar en Chile actualmente (Febrero de 2012) bordea los \$ 500 (pesos chilenos).

Los Programas de Saneamiento Básico tuvieron un costo de 33,29 UF por unidad (5,54 UF/m², US \$ 138,5/m²). Ambos incluyen materiales, mano de obra, asistencia técnica para diseño, construcción, organización, administración y logística.

Como referencia, el valor de las soluciones del Subsidio Habitacional Rural del Estado sin saneamiento básico fluctuaba entre 3,34 y las 3,62 UF/

m², mientras aquellas con alcantarillado en áreas rurales (el programa de Vivienda Progresiva Primera Etapa y Vivienda Básica) se hallan cerca de las 8 UF/m². Los programas aquí expuestos son más comparables con el Subsidio Rural, en función de la similar calidad de los materiales y el nivel general de las viviendas.

La aplicación del Programa comenzó en cada localidad formando el Comité de Reconstrucción de viviendas destruidas, convocando a todos en la comunidad, desde las organizaciones existentes y sus líderes. Tarea de la asamblea del Comité fue seleccionar a los que obtendrán las viviendas de entre todos los que postulaban. Elegidos estos, se firmaba el pagaré por la deuda del 40% del valor de los materiales, dinero que, devuelto en cuotas, conformaría el fondo rotatorio de la comunidad, al cual todos podían solicitar créditos blandos. El Comité también se encargaba de coordinar trabajos comunitarios relacionados con los Programas, desde la bodega y el control de materiales hasta jornadas solidarias de trabajo, lo que se evaluaba en las asambleas. Hubo logros y retrocesos pero fue una herramienta adecuada, aunque a veces insuficiente, para el cumplimiento de los objetivos de los programas.

Se lograron algunas coordinaciones comunales de Comités para el tema de los allegados, un universo mayor que los damnificados del terremoto. Se planteó el traspaso de los fondos rotatorios a las juntas de vecinos, a una comisión o grupo ad-hoc, para

vitalizar su funcionamiento e integrar formalmente a los Comités al trabajo de la comunidad organizada, en el consenso que su desarrollo debe significar formalización e integración a entidades mayores y otro tipo de cobertura y presencia en localidades y comunas. La apuesta era lograr formas de desarrollo organizacional de localidades de base que pudieran dar lugar a formas más adaptadas a la realidad rural. Los Comités requirieron reforzamiento para captar e integrar necesidades emergentes y otros requerimientos, que deben trascender las capacidades que tienen hoy para estructurar demandas y dirigirlas a las entidades que correspondan (gobierno, empresarios, autoridades locales).

El Programa fue implementado en el contexto de una realidad agraria de profundas transformaciones, desde la Reforma Agraria hasta el golpe militar y los cambios en el modo de producción que introdujo la modernización capitalista de las actividades económicas en el sector, que variaron integralmente la estructura del campo. Para los pobres del agro fue un proceso de violenta desarticulación de la trama social que, despojada de sus canales de reproducción social, de comunicación y representación, dejó a la mayoría incapaz de proveerse necesidades básicas y careciendo de un camino viable para satisfacerlas. No es sólo la vivienda sino todo el espectro de las necesidades básicas el deteriorado, en un cuadro de emergencia permanente, producto de la ausencia de una plataforma de seguri-

dad básica, lo que afectó todos los aspectos de la vida. Esta situación ha llevado a los más pobres a un proceso de desestructuración e involución, que se puede caracterizar como un proceso de depresión, en muchos casos conducente al fatalismo y la paralización, resultados de la represión y la carencia, de la falta de expectativas y de proyecto vital en definitiva.

La aproximación fue entonces más que técnica, para involucrarse en este cuadro de "inseguridad integral", sobrepasando los roles habituales de arquitectura y planificación, construcción, trabajo social y organización. La capacidad de crítica, desarrollo conjunto, de responsabilizarse de un proceso, fue desigual entre las comunidades. En los casos en que hubo creciente compromiso de las personas, manifestado en responsabilidades y participación activa, el Programa adquirió sentido y espesor profundos. En la reflexión posterior fue posible descubrir razones para las diferencias entre comunidades. Por una parte, estuvieron relacionadas con el lugar que la vivienda ocupa en las necesidades declaradas (Piga 1994), mientras por otra, en muchos momentos involucrarse con las actividades comunitarias del Programa competía con las oportunidades de trabajo de temporada.

UNA EVALUACIÓN DEL PROGRAMA

Fue posible identificar algunas constataciones, siendo la primera la noción clara de que no existe una única forma para la solución habitacional, ésta no tiene límites definidos y debiera ser enfrentada como un fenómeno heterogéneo y local, en el que es primordial contemplar en la solución de la vivienda los aspectos socio-económicos y culturales del que la habita. Por otra parte, en la vivienda social la tecnología y la organización para su producción, consideradas como patrimonio social y cultural, no son aspectos neutros en su producción. Además, la organización local es un recurso cuantificable dentro de los beneficios económicos, cuando se opera en un programa coherente, entre ellos, la ayuda solidaria es un recurso en procesos de autoconstrucción, genera organización y asegura éxito en la medida en que la comunidad es capacitada para participar.

Junto con esto, es posible afirmar que la población organizada puede gestionar recursos financieros con eficiencia, si es asesorada en forma continua y adecuada. Un aspecto crucial se refiere al plazo para desarrollar la tarea, el que debe estar ligado a los tiempos de la comunidad, lo que apunta al aumento de la autogestión, a su consolidación y autodeterminación. Aquellos grupos que pudieron experimentar una trayectoria de retroalimentación surgida de la evaluación y con tiempo para que se desarrollaran y resolvieran los

conflictos inherentes a todo proceso que afecta la vida cotidiana (Lomnitz 1975), corrigieron sus metodologías en grupo, reforzando sus relaciones comunitarias y aprendiendo en conjunto, de lo que resultaron mayores capacidades para enfrentar tareas de interés común. Cuando los recursos fueron escasos y la estructura del empleo tenía altos porcentajes de cesantía, como era el caso de los temporeros, la autoconstrucción por ayuda mutua fue un camino posible para multiplicar los recursos.

Un resultado central es la evidencia que fue posible generar una cultura de organización y autogestión. Las organizaciones corrigieron y avanzaron en la forma de insertarse en los procesos, alcanzando niveles superiores de organización. Aquí adquirieron valor la asamblea, la directiva, las comisiones técnicas, financieras y de control. De este modo, una vez que fueron puestas en movimiento las comunidades y orientadas hacia la búsqueda de soluciones se pudieron establecer reivindicaciones y demandas de carácter primario ante las instancias públicas locales. A partir de la autogestión se fue originando una planificación desde lo pequeño, la familia y la comunidad, que fue ampliando sus expectativas y su capacidad de elaboración de diagnósticos, demandas y proyectos.

Las dificultades que el Programa encontró se relacionaron con cuatro ámbitos principales:

- La vinculación de actores de la comunidad con la organización y sus ne-

cesidades fue ligada a los niveles de expectativas conscientes, lo que pasó por “darse cuenta” y elaborar las propias necesidades, proceso que no fue evidente ni explícito.

- El origen en la emergencia de estos programas no permitió asegurar su continuidad para corregir y elaborar metodologías apropiadas para comunidades carenciadas, más allá de la catástrofe.

- Los recursos se orientaron sólo a la producción de unidades habitacionales y a la generación de organización para las tareas concretas. Un déficit estuvo en la capacitación para la participación de las comunidades, para lo que no hubo tiempo, como tampoco la suficiente claridad al inicio del Programa.

- En el ámbito rural, el terremoto de 1985 develó una situación habitacional igual o peor que la urbana. Es necesario producir una perspectiva específica de desarrollo futuro en los gobiernos post dictadura, pensando en un territorio ya rur-urbano (Basauri et al. 1992) debido a las características de la modernización neoliberal en el agro.

Se intentó actuar con un marco de desarrollo integral desde la base. Con las intervenciones en vivienda por autoconstrucción se buscaba valorar la necesidad de los sectores más pobres y enriquecer su capacidad para enfrentar problemas en comunidad, usando la organización para alcanzar el éxito y adquirir contenidos y experiencias en una perspectiva de integralidad. La autogestión para la habitación fue la

proposición central para la promoción de las personas en su entorno social y espacial, a través de la capacitación para la participación, en la elaboración de alternativas y la organización para el mejor uso de los recursos, multiplicando los beneficios pero también la posibilidad de pensar y enfrentar problemas en comunidad. Surgió la necesidad de incorporar asesoría profesional como mecanismo estable para la participación de la comunidad, lo que hizo posible descubrir y consolidar objetivos de auto gestión y autonomía, práctica que ocurre en tres niveles: i) el de las familias, ii) el de cada comunidad local y iii) el de una red entre comunidades.

Es importante rescatar el sentido que la vivienda adquiere cuando es todo el espectro de las necesidades básicas el que está deteriorado (Piga 1994). Como se ha señalado, las políticas del gobierno militar provocaron la desestructuración de la posibilidad de supervivencia, de tejido identitario y una plataforma de seguridad básica. Todos los aspectos de la vida se deterioraron —trabajo, salud, educación— (Bengoa 1983) y así la vivienda y el terreno constituyen un elemento central, relacionado al abrigo contra la intemperie pero también con la identidad y la noción de patrimonio como posesión física tanto como cultural, el “ser de allí”. La destrucción de las casas, también pérdida de pueblos y villorrios, multiplican el desamparo. El asunto es el proceso mediante el cual se puede reconstruir no sólo el espacio habitable sino también la cultura, identidad y las relaciones sociales.

Esta experiencia releva a la vivienda en ese proceso donde se resuelven necesidades fundamentales, el sustrato de seguridad que permitió enfrentar la reconstrucción y avanzar a una realidad cualitativamente diferente. Esto significó la valoración del patrimonio desde una perspectiva distinta, en la medida que constituyó parte de la identidad a reconstruir, no sólo del espacio y su valor arquitectónico o histórico, sino también social.

La decisión por una manera tradicional de “hacer las casas”, el trabajo con el barro y las formas patrimoniales del habitar en el campo, respondió a esta necesidad de reconstituir una relación con el espacio cotidiano que lo reconstruya como lugar para la vida.

PERSPECTIVA

Hubo un campo de trabajo potencial en torno a los gobiernos locales y regionales, relacionado con lo sectorial de la vivienda pero también con otros aspectos del desarrollo. En Chile, las municipalidades recién democratizadas a principios de la década de los 90's del siglo XX tuvieron una serie de presiones por necesidades respecto de las cuales no tenían ni equipos técnicos ni experiencia. Se esperaba una demanda para equipos con capacidad para reflexionar y actuar. En otras escalas (provincias y regiones), fue posible pensar en planes y programas con este enfoque. En el marco de perfecciona-

miento de la recién ganada democracia y de una esperada y creciente descentralización luego de la dictadura, la participación de actores con capacidades técnicas en este tipo de programas, concertados con otros, podían configurar un cuadro distinto para operar en un nuevo tipo de desarrollo en los territorios regionales. Las decisiones de política pública en los años siguientes apuntaron en otro sentido (Muñoz 2007, Boisier 2010).

Incluso ahora, transcurridas más de dos décadas del término de la dictadura chilena, se debe asumir el carácter permanente de la situación de emergencia de vastos sectores sociales en el país, particularmente los más pobres en zonas rurales, respecto de la satisfacción de las necesidades básicas, entre ellas, la vivienda. Con las comunidades, con sus organizaciones, con los trabajadores y pobladores sería necesario perseverar en un trabajo con el sentido de promover procesos para la habitación, que la asuman integralmente a nivel de proposiciones concretas y también de investigación, en una visión de desarrollo enraizada en la realidad nacional y en las particularidades de los espacios regionales y locales. Además, la comprensión de la importancia del patrimonio probó ser un dispositivo útil en la valoración del territorio —físico y social— asolado por la catástrofe.

AGRADECIMIENTOS

El texto es una reflexión sobre el Programa de Reconstrucción realizado en las regiones O'Higgins y Maule en Chile con el Grupo de Estudios Agro-Regionales de la Academia de Humanismo Cristiano. Se construyó con notas, bitácoras y otros textos realizados por el autor en la época de ejecución del programa. La autoría del diseño e implementación de los programas, de la arquitectura y de la ejecución, es compartida con el arquitecto Juan Suter. En el equipo estuvieron la constructora Mónica Valderrama, el arquitecto Mauricio Quercia y el técnico de terreno Jorge Garrido, entre otros participantes. La coordinación institucional la realizaron el geógrafo Enrique Mlynarz y el sociólogo Rodolfo Gálvez.

El autor dedica el texto a la memoria de Miguel Acuña.

BIBLIOGRAFÍA

Acuña, M. & Molina, G. (1992). Los trabajadores agrícolas bajo el modelo neoliberal. Estrategias de supervivencia. Un estudio de casos. Grupo de Estudios Agro-Regionales, Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Santiago.

Basauri, V., Canales, M., Contreras, A., Piga, J. & Venegas, S. (1992). Localidades Rur-Urbanas: propuesta de trabajo. Editorial Taller Norte, Santiago, Chile.

Bengoa, J. (1983). El campesinado chileno después de la Reforma Agraria. Ediciones Sur, Santiago.

Bosier, S. (2010). Territorio, Estado y sociedad en Chile, la dialéctica de la descentralización: entre la geografía y la gobernabilidad. Mago Editores, Santiago.

CIDA. 1966. Tenencia de la tierra y desarrollo socio-económico del sector agrícola. Comité Interamericano de Desarrollo Agrícola, Santiago, Chile.

Echeñique, J. (1970). Las expropiaciones y la organización de asentamientos en el período 1965-1970. La Cuestión de la Tierra N° 21, ICIRA, Santiago.

Lomnitz, L. (1975). Cómo sobreviven los marginados. Siglo XXI Editores, México.

Luebert, E. (1987). La vivienda en Chile: dimensión de las carencias, sector urbano y rural, soluciones implementadas históricamente. En: Poblamiento y Vivienda Rural, GIA, Academia de Humanismo Cristiano, Santiago.

Muñoz Gomá, O. (2007). El modelo económico de la Concertación, 1990-2005 ¿reformas o cambio?. FLACSO Chile, Editorial Catalonia, Santiago.

Piga, J. (1994). La habitación en los villorrios rurales: el caso de Bellavista

en la comuna de San Vicente de Tagua Tagua, región de O'Higgins, Chile. Tesis de magíster en desarrollo urbano, Pontificia Universidad Católica de Chile.

Rivera, R. & Cruz, M.E. (1984). Pobladores rurales. Grupo de Investigaciones Agrarias, Academia de Humanismo Cristiano, Santiago.

Rodríguez, A. & Sugranyes, A. (2005). Los con techo: un desafío para la política de vivienda social. Ediciones Sur, Santiago.

Rodríguez, D. & Venegas, S. (1991). Los trabajadores de la fruta en cifras. Grupo de Estudios Agro-Regionales, Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Santiago.

Salazar, G. (1985). Labradores, peones y proletarios. Ediciones SUR, Santiago.

SERPLAC. (1991). Estrategia de Desarrollo Regional. Secretaría Regional de Planificación y Coordinación, Rancagua, Chile.

Valdés, X. (1982). Estrategias de supervivencia familiar de los trabajadores agrícolas temporales. Informe de proyecto, PISPAL-CLACSO-Academia de Humanismo Cristiano, Santiago.